

La traducción (libre) del título, en español:

“*Mirarse adentro provoca ceguera*”

Estos artículos, extractos de la excelente selección ya realizada por Giorgio Nardone y Wendel A. Ray, de algunos de los ensayos más brillantes de Paul Watzlawick, hacen referencia a la parte más madura de su obra en la cual sintetiza sus teorías y las correspondientes indicaciones aplicativas. En estos escritos podemos encontrar la evolución de la epistemología constructivista radical – de la cual Watzlawick ha sido uno de los mayores exponentes – en su síntesis con el enfoque interactivo y sistémico de la tradición de la Escuela de Palo Alto. Esta evolución ha conducido también a novedosas e innovadoras indicaciones en términos de aplicación del modelo al mundo de la terapia, del management y de la interacción social.

La falta de traducción oficial al español y mi punto de vista sobre la relevancia de estos textos para que los participantes en este curso alcancen un mejor conocimiento sobre la epistemología de base, a través de las palabras de uno de los más brillantes maestros, me llevó a tomar la libertad de realizar la labor de traducción, de la cual asumo total responsabilidad.

Pedro Meireles Sobral

30.07.2008

El punto de vista de la interacción

Las intervenciones terapéuticas me han abierto los ojos también sobre constantes procesos de retroacción (*feedback*) de la interacción humana, un fenómeno que en mi formación estuvo siempre limitado a transferencia y contratransferencia; o sea a comportamientos individuales. Cuando Gregory Bateson me ha llevado a reflexionar sobre el proceso de interacción más que sobre la lineal causa-efecto, he empezado a entender que ciertamente una causa produce un efecto, pero este efecto después actúa retroactivamente sobre la propia causa, creando por tanto lo que desde la fundación de la epistemología cibernética es conocido como “anillo de retroacción” (*feedback loop*), que se mantiene y se refuerza a sí mismo. La naturaleza, la calidad y por tanto también la patología de tal anillo no pueden más ser atribuidas simplemente a un componente individual. Se trata de una *calidad emergente*, algo más y diverso, respecto a la suma total de sus partes constituyentes. Desde el punto de vista interactivo de la terapia, “el paciente” es el esquema (*pattern*) de la relación, y no más un solo individuo.

¿Pero cómo puedo entrar en contacto con este paciente?

Después de haber tenido el privilegio de observar el trabajo de Gregory Bateson, Don D. Jackson (el fundador y primer director de nuestro instituto) Milton H. Erickson y otros, me he dado cuenta que podríamos literalmente compararnos a un hombre que no conoce las reglas del ajedrez y se encuentra de viaje en un país extranjero del cual ignora la lengua. En ese país se encuentra con dos personas que están sentadas en lados opuestos de una mesa, moviendo estatuillas sobre una tabla. Está claro que están involucrados en un juego. Nuestro hombre querría aprender el juego, pero dado que no conoce la lengua de los jugadores no les puede pedir explicaciones. Lo que puede hacer, sin embargo, es observar su comportamiento en busca de repeticiones y redundancias que le permitan llegar a conclusiones provisionales sobre las reglas que están en la base de su comportamiento. La primera de estas redundancias que nuestro hombre será capaz de identificar es que los dos se comportan como si hubiese una regla según la cual un movimiento del jugador A es siempre seguido de un movimiento del jugador B, y después de lo que parece ser de nuevo el turno del jugador A. Análogamente, pero en modo siempre más complejo, llegará poco a poco a la formulación de hipótesis similares sobre las reglas que gobiernan los movimientos de cada pieza, y finalmente a la comprensión del fin del juego, o sea el jaque mate.

De esta analogía me parecen importantes tres puntos:

1. El observador ha llegado a una comprensión de las reglas del juego sin poder hacer preguntas directas.

Naturalmente, en cuanto terapeutas podemos preguntar a los miembros de una familia o de cualquier otro sistema de interacción social: ¿cuáles son vuestras reglas de interacción? Sin embargo sería improbable obtener una respuesta sensata a esta pregunta incomprensible.

2. Según la teoría matemática de los juegos, el ajedrez es un juego de “información completa”, o sea sobre el tablero están presentes todas las informaciones necesarias en cada preciso momento. *De qué modo* esta situación se clasifica en el curso del juego es absolutamente irrelevante, lo que importa es la posición de las piezas en relación unas con otras *en el presente*.
3. Aunque existan historias extraordinarias sobre el “significado” del ajedrez (por ejemplo, ha sido descrito como una lucha entre las fuerzas del bien y las del mal) interpretaciones de este tipo añadirían muy poco a la comprensión del juego, tal como la astrología nada añade a la astronomía.

Para resumir: el observador llega a la comprensión del “paciente” (el sistema) a través de la observación de las redundancias comportamentales en el presente, sin buscar las causas o sin interpretarlas bajo los términos de un tipo de mitología epistemológica.

Todavía hay una cuestión importante que el observador del ajedrez no necesita afrontar, que es la extraordinaria complejidad de cada sistema de relaciones humanas. ¿Cómo afrontar tal complejidad? Existen dos estrategias principales relativamente al cómo *no* afrontarla.

Afrontar la complejidad

Un modo para no afrontar la complejidad es el enfoque clásico, que consiste en descomponer el todo en partes, estudiar cada una separadamente y esperar llegar de tal modo a la comprensión del todo. Pero como ya he dicho dos veces, el todo es mayor y distinto a la suma de sus partes.

El otro enfoque consiste en la tentativa de introducir un cambio en el sistema ideando una estrategia de cambio tan compleja como el sistema mismo. En la mayor parte de los casos esta acción resulta imposible, porque es probable que la complejidad supere nuestra capacidad de confrontarse con ella.

Mucho antes del inicio de nuestro trabajo en el Mental Research Institute, naturalmente, el problema ya había sido objeto de una intensa investigación en el área de la teoría de los sistemas, de la cibernética y otros. Si bien usando términos diversos, los investigadores de estas áreas habían postulado intervenciones que ayudasen a reducir la complejidad del sistema sin destruirlo. En su libro *Cibernética y dirección empresarial*, por ejemplo, Stafford Beer (1967) observa que simples reglas relativas al tráfico vuelven posible la circulación de los vehículos también en las horas punta, cuando una ciudad está en plena actividad y repleta de vehículos, y cada de uno los cuales sigue diferentes recorridos a diferente velocidad, independientes unos de los otros y sujetos a innumerables variaciones casuales.

Otro ejemplo de tal hecho (ciertamente menos científico) de reducción de la complejidad (o variedad) respeta al matemático Carl Friedrich Gauss, que, como muchos famosos científicos, había mostrado la primera señal de genio durante la infancia. Existe una historia según la cual el maestro de Gauss quería obtener media hora de silencio por lo que había asignado a la clase la tarea de sumar todos los números de uno a cien. Si yo estuviera allí probablemente habría iniciado: $1+2 = 3$, $+ 3 = 6$, $+ 4 = 10$, $+ 5 = 15$, etc., y probablemente habría empleado más de la media hora establecida para llegar a cien. Después de dos minutos, el pequeño Gauss estaba de pie enfrente al maestro con el resultado: 5050. Siendo un genio había descubierto un *reductor de complejidad*, pues había entendido estar frente a una serie de números el primero de los cuales (uno) y el último (cien) sumados daban 101. El segundo (dos) y el penúltimo (noventa y nueve) de nuevo daban 101; también el tercero (tres) y el nonagésimo octavo daban 101. Por tanto se ha dado cuenta que se encontraba frente a cincuenta pares de números, cada uno de los cuales sumado daba 101. 50 veces 101 igual a 5050.

¿Fácil no?

La solución intentada

En nuestro trabajo, en el MRI, hemos llegado gradualmente a un reductor de complejidad que nos parece el más práctico y por tanto el más útil, cuando afrontamos la complejidad de la interacción humana: la solución intentada. Después de haber obtenido una definición del problema que parece suficientemente clara, preguntamos a nuestros pacientes qué han hecho para resolverlo hasta aquel momento y qué consejos habían recibido de las otras personas. Obtener esta información es más bien simple y nos permite identificar adecuadamente el mecanismo a través del cual el sistema mantiene su propia homeostasis. Ya Freud era consciente del hecho que muchos de sus pacientes tendían a cometer siempre el mismo error y definió el fenómeno coacción a repetir. Darwin, todavía antes, había observado que la supervivencia de una especie pudo estar amenazada por la propia incapacidad a abandonar lo que representa un óptimo (y por tanto absolutamente no patológico) adaptación, pero cuyo mantenimiento obstinado frente a condiciones ambientales en continua mutación pudo finalmente amenazar la supervivencia. La convicción de haber encontrado la solución óptima (unida al intento de perfeccionar esta estrategia de solución frente a las crecientes dificultades) vuelve ciega a la persona para las estrategias de cambio que puedan estar presentes y disponibles en cada momento. Es probable que un sistema humano atrapado en este círculo vicioso espere de la terapia una y una sola forma de ayuda: cambiarle sin cambiarle... Está atrapado en lo que puede ser definido como un juego sin fin, o sea una serie de modelos de comportamiento recurrentes estrictamente gobernados por reglas pero libres de cualquier regla destinada al cambio de sus reglas. Los primeros cibernéticos han traído a la luz la importante diferencia entre cambio de primer orden (el cambio de una regla del sistema a una otra) y cambio de segundo orden (el cambio de las reglas mismas del sistema). Como el ejemplo siguiente demuestra, la incapacidad de realizar cambios de segundo orden puede ser fatal.

Existe un tipo de hormiga, llamada hormiga legionaria (o eciton), cuyo hábitat se extiende por casi toda el área tropical de Sudamérica. Estas hormigas se destacan por tener un orden social increíblemente complejo e intencional; marchan organizadas en columnas de miles, y debido a su comportamiento altamente organizado y extremadamente agresivo son conocidas como “los unos y los tártaros del mundo de los insectos”.

Sin embargo, escribieron Schneirla y Piel (1957, pp. 75-78), existe la posibilidad de una

Irónica catástrofe que ocasionalmente se abate sobre una tribu. Esto ocurre sólo en ocasiones particulares, pero sí se verifica una circunstancia determinante, las hormigas son literalmente condenadas a disponerse en columnas circulares que marchan hacia la

muerte [...] Las hormigas, cerca de mil, fueron descubiertas las 7.30 de la mañana sobre una larga acera de cemento [...] Probablemente habían sido arrastradas hacia aquel lugar por un súbita lluvia que había dispersado las pistas de su colonia. Cuando fueran avistadas la mayor parte de ellas estaba reunida en un grupo central, mientras un enjambre o dos, dispuestos en la periferia, trabajaban extenuadamente en círculo en dirección anti-horaria. Al mediodía todas las hormigas habían entrado a hacer parte de este círculo, cuyo diámetro era similar al de un disco fonográfico rotando a una cierta velocidad. [...] Al alba del día siguiente el teatro de la acción era entonces repleto de hormigas muertas o muriéndose. Sólo tres docenas de supervivientes giraban todavía en un exiguo círculo con demasiados espacios vacíos [...]

Esta masacre de la Eciton puede ser definida como trágica, dando a tal palabra el significado clásico de la tragedia griega. Ella nace, como una Némesis, de modo absolutamente extraño a los reales aspectos de la naturaleza de las hormigas, que en general revelan características adaptadas a conseguir el éxito, no la ruina.